

**ESCRIBE:
JOSEFINA
CARABIAS**



El dimisionario, suelto

Puede que algunos no me crean si digo que el tiempo se me hacía corto escuchando a los intelectuales de la Sociedad de Estudios Sociológicos (FUNDES), reunidos durante dos días para debatir el tema —el problema, sería mejor decir— de «La libertad de enseñanza» en España.

Deberían, sin embargo, creerme, porque, sin duda, los intelectuales, si lo son de verdad y se les escucha con atención, resultan mucho más amenos que algunos de los que tratan de distraernos y hasta de divertirnos.

Además, el filósofo don Julián Marías, presidente y animador de FUNDES, es un magnífico clarificador de debates. Posee la rara habilidad de poner diáfanos, con sólo una media docena de palabras, las ideas que algunos nos presentan nebulosas, aunque se sirvan de cincuenta hojas para expresarlas.

Pero está visto que los periodistas no podemos evadirnos de la actualidad, por mucho que nos descansen y nos atraigan los debates culturales. Así, cuando más enfrascada estaba el otro día en las disertaciones de nuestros hombres y mujeres de talento, alguien me pasó una noticia todavía inédita:

«Hubert Matos ha sido puesto en libertad en La Habana y autorizado a trasladarse a Costa Rica con toda su familia.»

Me alegré. La situación de preso político es una situación desigual y generalmente injusta, tanto si se produce en países revolucionarios como reaccionarios. Digo esto porque ya es bien sabido que hay presos políticos que aun habiendo cometido actos señalados en los códigos como delitos graves, salen triunfantes a los cuatro días o a los dos meses o al año de estar en prisión. Hay otros, en cambio, que con cargos mucho menos graves se pasan media vida en la cárcel y aun se considera una suerte que se les autorice a emprender el camino del destierro.

«He aquí —pensé también— el caso curioso de un país como Cuba, que ha resuelto los graves problemas de enseñanza pública que en este seminario de FUNDES se están debatiendo. Pude observar, no más lejos que en el mes de abril de este mismo año, que en Cuba no hay niños sin escolarizar, en muy buenas condiciones; que puede seguir una carrera todo el que sirve para ello; que salen buenos médicos en abundancia y que la asistencia pública en los hospitales funciona muy bien.»

«Y... sin embargo —seguí pensando—, en esa misma Cuba cuyas realizaciones, en ciertos aspectos como la enseñanza y la sanidad pública, son evidentes, puede darse el caso de que a un hombre situado en uno de los puestos más altos del país, y sin que fuera notorio que cometiera delito, le caigan veinte años de cárcel y tenga que cumplirlos sin que se le perdone un solo día.»

El nombre de Hubert Matos suena poco en España. Sin embargo, a quienes seguimos con interés los avatares de la revolución cubana si que nos suena mucho.

No es cierto, como aquí han difundido noticias erróneas, que Matos tomara por asalto el cuartel de Moncada, en Santiago de Cuba, en nombre de la revolución castrista. El episodio del cuartel de Moncada no fue más que un intento, el primero, que dio como resultado la prisión y proceso de Fidel Castro —hasta entonces poco conocido—, quien después huyó a México, de donde volvió con unos cientos de compañeros en un yate. Fracasado el intento de desembarco en armas y muertos muchos de los revolucionarios, otros lograron ganar las distintas sierras de la isla y allí se les fueron uniendo numerosos campesinos, muchos estudiantes y gran número de gentes de todas clases, así como desertores del ejército de Batista, enviado para aplastar la guerrilla.

Hubert Matos se presentó a Fidel en la sierra, al mando de trescientos cincuenta hombres. Había ejercido su carrera de maestro. Pero en aquellas fechas dirigía una plantación de arroz propia. Sus trabajadores y algunas otras gentes de su comarca le siguieron en la aventura. Matos era, probablemente, el de más edad entre los jefes de la guerrilla —ahora cuenta sesenta años, mientras que Fidel Castro no cumplirá hasta el año próximo los cincuenta y tres—, y tal vez eso le valió una cierta autoridad y el respeto de los jóvenes.

Al triunfar la revolución, Hubert Matos fue miembro de la Junta de Comandantes —el máximo grado militar y el más alto organismo político a la sazón—, siendo después nombrado gobernador militar de Camagüey, con mando de poderosas fuerzas.

Fue en julio de aquel mismo año, 1959, cuando Matos pronunció un discurso vivamente anticomunista. El Estado no sería comunista hasta dos años después. Y fue el 19 de octubre cuando Matos envió a Fidel Castro una carta de dimisión, muy catódica, y que se publicó en los periódicos.

«Te pido mi relevo —decía— no en mi calidad de comandante, sino como uno de tus camaradas de la sierra, ¿te acuerdas?, como uno de los que salieron dispuestos a morir para cumplir tus órdenes.»

No más lejos que al día siguiente Matos fue detenido. Y meses después, condenado a veinte años. Los informes son contradictorios, según el lado de donde se tomen. Pero lo cierto es que Matos no hizo uso de la fuerza, a pesar de que tenía muchas e incondicionales a sus órdenes.

¡Veinte años de cárcel por dimitir! Se hace duro creerlo, aunque ello explique la escasa afición de los políticos a las dimisiones.